

TRANSMISIÓN DEL SABER EN LA ERA DE LAS TELECOMUNICACIONES

Mayra Santos-Febres, PhD

En diciembre del año pasado recibí una llamada de Rutgers University. La Prof. Isabel Nazario me llamaba desde allende los mares para reclutarme como profesora de un curso pionero en la historia, no por su contenido, sino por su forma. Se trataba de un seminario que versaba acerca de cultura “latina-latinoamericana” en la era global y que centraba su foco de discusión en la producción cultural de varios artistas latinos y latinoamericanos de fin de milenio. Doce estudiantes basados en Estados Unidos y ocho en Puerto Rico iban a examinar y estudiar los ensayos y obras de Juan Sánchez, Mari Máter O’Neill, Pepón Osorio, Guillermo Gómez-Peña, Coco Fusco, Ana Mendieta, Inés Aponte y Frida Kahlo. “Pero ¿cómo?” –pregunté yo. “A través de video-conferencias” me respondió Isabel Nazario. Y dimos comienzo a la aventura. Ni cortas ni perezosas nos lanzamos a la tecnológica tarea de enseñar por medio de las ondas a larga distancia. Pero miento. Me salté un detalle muy importante, mi reticencia a lanzarme al proyecto de primeras instancias. Como buena humanista y

Catedrática Asociada, Departamento de Estudios Hispánicos Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras

escritora, desconfío de los medios tecnológicos y de su disposición para la transmisión libre del saber. Me imagino que esa desconfianza nace de la experiencia y de la ideología. Cuando comencé mi formación intelectual ya se erguía cual muralla china el alto muro divisor entre las ciencias duras y las ciencias blandas, es decir, entre la tecnología y las humanidades. Por una parte, veía cómo muchos se lanzaban de pecho a formarse como tecnócratas. Por otra, miles nos enlistábamos en las largas filas de los que aún defienden la anticuadísima y sempiterna tecnología del libro como medio superior para alcanzar el elusivo "saber." Unos exhibían una ciega admiración por carísimos aparatos que lanzan rayos láser, microscopios superpotentes que pueden ver las trayectorias de partículas subatómicas en su eterno divagar por el tiempo y por el espacio, microfichas de computadoras del tamaño de una célula. Otros, nos dejamos arrebatar por la esencia a tinta de imprenta, por la lenta y meticulosa exégesis de palabras y conceptos que no intentan vender nada, ni comprar nada, tan sólo dilucidar la realidad.

Demás está decir que vivimos la época del divorcio entre el alma y el trabajo. Si se trabaja con la tecnología más avanzada pero sin sentido de libertad, el producto final carecerá de alma. Si se trabaja con la libre meticulosidad del sabio pero sin el sentido práctico y abarcador de la tecnología, el producto final no alcanzará las masas, la realidad encontrada no podrá instalarse en el predio de la realidad actual. La disyuntiva entre tecnología y saber puede seguir ahondando el hoyo en que estamos metidos: tecnócratas sin alma, sabios sin palabra. Unos deciden las vidas y las suertes del mundo guiados tan sólo por el sentido práctico y por la lógica de la pérdida y la ganancia. Otros, enajenados del mundo, prolongamos una larga conversación privada sobre el saber que, a fin de cuentas, convierten el sentido crítico de la vida en un objeto de lujo más, en un privilegio de los ilustrados, más que en un derecho necesario a todo aquel que quiera vivir una vida digna y justa. No se puede vivir una vida digna sin información y sin crítica formativa. Pero la crítica y la información, tal como la venden los medios tecnológicos de comunicación masiva tan sólo sirve para entretener, no para formar. Las listas de asesinatos sin saber qué los provoca, los nuevos chismes acerca del Amolao, las noticias sobre Milosevic y Kosovo sacadas fuera

de contexto ejemplifican la manera en que el saber sin crítica se convierte en información sin contenido, en artículo para un consumo inmediato e inconsecuente. Por estas razones le temo a la tecnología, sobre todo cuando se la intenta ligar con el saber. Casi por arte de magia una máquina puede transformar toda suerte de saber en espectáculo.

Gracias al cielo y a todos los orishas que tengo un sentido crítico que si a veces me retarda la acción, también puede impulsarme a ella. Durante la tarea de pensar mi reticencia recordé que aunque nos hemos empeñado en dividir los términos, el arte, el conocimiento y la tecnología se parecen mucho. Son prácticas para la construcción de objetos y conceptos que intentan enaltecer y facilitar la vida de los seres humanos. Son instrumentos, tan sólo eso. Es decir que el problema que han creado no emana de su esencia íntima sino de los usos que les hemos dado. Ergo, tanto el saber como la tecnología se pueden usar de otra manera. Se pueden quizás utilizar para provocar la conversación entre gentes de distintas experiencias de vida y de distintas idiosincrasias, en vez de para afianzar la recepción pasiva de datos y opiniones prefabricadas. Se pueden quizás usar para fomentar un intercambio de ideas, una valoración de obras y una utilización del arte y de los medios sin miedo al poder que le hemos conferido a estos objetos, a quienes endiosamos por diversas razones.

Podríamos quizás poner el arte, el conocimiento y la tecnología al servicio de la gente y no al revés. Esto fue lo que me decidió a dar el curso por videoconferencia, esto y mi inacabable propensión a meterme en camisas de once varas. Algunas me quedan de lo más monas, debo confesar. También debo confesar que al principio la camisa endilgada no me quedó muy bien. Era una camisa demasiado "global."

La globalización es un concepto muy hermoso. Ya desde los sesenta lo venía preconizando el loco de MacLuhan con su idea de la aldea global, un pueblecito de lo más coqueto creado por obra y gracia de las telecomunicaciones y los desarrollos en la tecnología del transporte. El mundo se achicaba, el tiempo y el espacio ya eran naturaleza domada. Cualquiera podía vivir en donde quisiera y trabajar en otra parte, entablar conexiones internacionales. Por ende la cultura se globalizaba también, haciéndose más diversa,

pero a la vez más mezclada y por lo tanto más accesible y comprensible. Pero nuestro querido visionario se equivocó en un aspecto. Globalización y democratización no son lo mismo ni se escriben igual. Además, la diversidad es un simulacro cuando sigue existiendo la desigualdad. No se puede ser diverso si se es menos ante los ojos del mundo. Para que existan diversos lenguajes todos tienen que ser considerados "lenguajes" y no "dialektos." Para que existan diversas culturas, todas tienen que ser consideradas "culturas" y no "folclore primitivo."

La globalización que vivimos hoy en día se da en el primer mundo y áreas aledañas con sus guetos, y universos subterráneos. No se engañe nadie. Más allá de Estados Unidos, Europa y ciertos suburbios de Latinoamérica, Asia y África no existe la globalización. No todos los habitantes del planeta tienen acceso a una línea telefónica, no digamos que a la Internet y le tienen desconfianza a la tecnología por razones de mayor peso que las que inspiran la mía. Quizás porque han visto los tobillos de sus padres monitoreados por grilletos electrónicos o porque desde chicos los entrenaban a tirar con mirillas láser en los campos de la guerrilla, o por los cuentos de tortura que les narra la abuela sobreviviente al último operativo latinoamericano, kosoveno, o asiático o por el malpráctico que sufrió la tía que los crió. Pero el mercado, en su insaciable hambre crea un efecto masificador que puede ser útil para aquellos que desean entablar conversaciones desde los márgenes del Primer Mundo. Y si la tecnología de la globalización ayuda a consolidar convenios comerciales entre los industriales de Taiwan y Puerto Rico, quizás también pueda consolidar líneas de intercambio y comunicación entre sus artistas, maestros, estudiantes, bibliotecarios, trabajadores sociales. Están ahí las ondas y los artefactos, ¿Por qué no usarlos?

Mi experiencia dando el curso entre la Universidad de Puerto Rico y Rutgers fue toda una lección de globalización, comunicación, tecnología, saber y humanidad. Mis temores y reticencias volaron en cantos, el sentido místico y mágico de la tecnología también estalló en mil pedazos y la experiencia me dejó convencida de que cada cultura tiene una definición distinta y por lo tanto una valoración diferente de lo que es y para lo que sirve el saber,

que esta definición cambia y se expande a raíz de las maneras en que comunicamos nuestros conceptos y nuestras ideas. Y todo eso lo aprendí sobre la marcha, en mangas de una camisa que me quedaba demasiado grande, pero con la cual bregaba los pormenores y detalles interminables de lograr una simple conexión televisual.

Quisiera compartir las conclusiones de mi experiencia con ustedes, queridos cómplices que se dedican a la transmisión tecnológica del saber. Quisiera hacerlo porque me parece importante que se reflexione acerca del uso de la tecnología para la difusión del conocimiento, que no se gasten millones de dólares en máquinas pensando que estas adquisiciones por sí solas aseguran una mayor accesibilidad. Quisiera hacerlo para advertir que también la tecnología necesita su contexto y su evaluación crítica, porque si no las máquinas se convierten en mera decoración, en espectáculo ellas mismas con sus bombillitas que prenden y apagan, vueltas dioses muy costosos que nadie quiere tocar, muchísimo menos usar para fines cercanos tales como la investigación, el intercambio y la comunicación, el arte, la vida misma.

Lo primero que quisiera decirles es que no es bueno impresionarse con la tecnología. La tecnología es una artesanía de cables, es decir, que por más pulida, avanzada e impresionante que resulte una máquina, sigue siendo un artefacto, un instrumento, un rompecabezas que dará problemas hasta que lo aprendas a usar. En nuestras transmisiones ocurrieron quince mil percances -tarjetas que explotaban, líneas ocupadas, maquinaria que no era compatible. A veces había audio, pero no visuales, otras visuales pero sin audio, el micrófono no servía, y cuando servía los estudiantes no querían usarlo porque no los dejaba pensar lo que iban a decir, así que se callaban la boca y las mejores discusiones se daban fuera de las ondas intergalácticas de las telecomunicaciones. Eso, al principio... Pero, poco a poco, mis estudiantes puertorriqueños y los basados en Estados Unidos se familiarizaron con todas las cámaras, pantallas, cables y videos y a lo largo del semestre empezaron a verlos con la familiaridad con que veían un lápiz con goma al cual a veces se le partía la punta y a veces no. Además, se fueron percatando de cómo sus vidas comunes y silvestres estaban desde el principio intervenidas por la tecnología. Las fotos

de cumpleaños se les hicieron materiales donde descubrían los vericuetos de la identidad. La televisión se les volvió texto universitario que grababan para traer a clase, los ensayos los entregaban de mano en el salón, pero enviaban una copia por la Internet a mi apartado electrónico y al de Rutgers para que sus compañeros pudieran leer sus argumentos. El proyecto final de la clase, un Web-site que integrara lo visual con lo escrito como documento global de discusión de los temas del arte, la identidad étnica-nacional y globalización, les dejó de intimidar. Echaron mano a sus máquinas familiares, las compararon con las nuevas tecnologías y se apoderaron de ellas. Gracias a esa toma de posesión hicieron un trabajo excelente, verdaderamente genial. Es decir, que no importa lo costosa que sea una máquina, la gente la tiene que poder usar para que resulte verdaderamente eficaz, retadora y edificante. La tecnología no sirve si no es accesible. Lo que lleva a examinar el rol del educador o transmisor de información. Este tiene que darse cuenta de que su rol ha cambiado, de que ya no es el centro del oráculo de cuya boca y dedos salen los misterios ansiados. Frente a la tecnología, el maestro, educador o bibliotecario es un facilitador de la transmisión de ideas, un apoyo, un asistente técnico, un instigador de profundidad.

Segundo, aprendí que la globalización no es tan sólo un concepto teórico ni una realidad histórica, es también una práctica de tolerancia. Diferencias de calendario (allá el día empieza una hora antes que acá en invierno), idioma (mis estudiantes puertorriqueños rehusaban a hablar en inglés) y de formación (los estudiantes estadounidenses sabían muchísimo más de tecnología que los de acá, pero los de acá tenían el filo crítico amoladísimo, tanto que sorprendían a las profesoras gringas con sus preguntas y discusiones- a cada rato me preguntaban si eran estudiantes graduados) tienen que ser tomadas en consideración si se quiere entablar una simple y sencilla comunicación internacional. Si estas diferencias se toman desde la coordenada de la desigualdad, es decir, si los estudiantes, bibliotecarios o los maestros comienzan a acusar al otro de sus "deficiencias", se estanca la comunicación y de nada vale el State of the Art Technology. Las palabras, son las palabras la base de toda comunicación. Pero hay que tener muy en cuenta el contexto que las hace significar.

También hay que percatarse de que esas mismas palabras, es decir, los bloques más esenciales y primarios para el intercambio de ideas tienen diferente carga según las culturas de las cuales provienen. Por más que nos queramos tapar los ojos, raza, género, nación, cultura, arte, etc. no significan lo mismo en todas partes, aunque las palabras que denominen estos conceptos suenen igual. Hay que constantemente especificar lo que se intenta decir, hablar desde la cultura propia y poderla explicar. Si no, toda comunicación será en vano.

Déjenme ilustrarles este punto. En una teleconferencia estaba como invitada especial Mari Máter O'Neill. Ella exhibía unos trabajos donde dos mujeres con ropa muy ceñida esgrimían espadas y escudos como gladiadoras de la cultura. Los estudiantes de allá, incluyendo a los latinos, acusaron a Mari Máter de no tener una conciencia feminista, por que retrataba a mujeres como objetos sexuales, para ser observadas y gozadas por la degustadora pupila masculina. Los de acá no entendían los pechos de los de allá, diciendo que la exhibición de carnes por decisión propia hacía a estas mujeres más libres, más poderosas y que esto era una muestra más de su poder como mujeres. El debate siguió sin resolverse hasta que hubo una intervención que logró un cambio de perspectiva. Uno de los estudiantes de acá protestó "No se trata de quién es más feminista que quién, es que estamos hablando desde culturas diferentes." Gracias a ese comentario pudimos salir de la encerrona. Entonces, la obra de Mari Máter nos dio pie a la examinación de nuestros diferentes preceptos culturales. Teníamos que entender que "el placer" y "la carne" significan dos cosas diferentes para ambas culturas a causa de tradiciones culturales e historias divergentes. El puritanismo estadounidense, aún en su versión "latina" ocupa un lugar importante en la elucubración de ideologías "liberales" incluyendo al feminismo, la lucha por los derechos raciales u homosexuales. Acá, en la Isla del desencanto, el puritanismo, aunque existente y potente, tiene otras configuraciones. Son otras "moralidades" —la católica popular, la afro antillana, la que nos informan que los aspectos de la carne no son pecado fatal, sino lugar de poder y hasta arma de combate. Por eso la diferencia de opiniones. Por eso es que insisto que para lograr cualquier

intercambio internacional o global de conocimiento es necesario el ejercicio del entendimiento y de la tolerancia.

Tercera y última lección, a través de ese curso aprendí que el fin del conocimiento no es el conocimiento mismo, sino su transmisión y su transformación en acciones que sepan balancear de una manera más saludable el sentido práctico y el sentido crítico de la vida. La acumulación tecnológica y la acumulación del saber son un desperdicio de tiempo y de espacio si no logran cambiar la perspectiva de la gente ante la tecnología o el conocimiento. Si no logramos entusiasmar a la gente para que se familiarice e incluya estos aspectos en su vida cotidiana, de nada sirven programas de educación a distancia, web-sites informativos, libros electrónicos ni amplísimas colecciones de filosofía sufi donadas por la Biblioteca "On line" de Arabia Saudita. Pero sólo tenemos que echar mano de los trucos del mercado para solucionar este problema. Si la publicidad puede hacer que la gente compre un resorte con foam bautizado como el "Thigh Master" también puede convencer a la gente para que vaya a bibliotecas, use su catálogo electrónico y lea libros. Los guardianes del saber tienen que salir a la calle, o hacer que la calle entre a sus aposentos. Echar mano a las ondas tecnológicas de comunicación masiva. Actividades que involucren a las comunidades aledañas y pequeños seminarios de educación para el manejo de tecnologías de la investigación son las piedras angulares para lograr la ansiada meta. La búsqueda de fondos alternos a través de fundaciones debe ser un aspecto primordial en las agendas de universidades, escuelas y bibliotecas. Existen un chorro de fondos para subvencionar estos programas de capacitación tecnológica. Pero no se confunda nadie. No se trata de enseñarle a la gente a apretar los botones de las computadoras, sino a usarlas como un instrumento de aprendizaje, con un fin determinado- un proyecto de ciencias, una clase piloto, una obra de arte, porque sólo así la máquina empieza a cobrar su contexto y el conocimiento su sentido práctico. Yo misma soy ejemplo de lo que les digo.

A fin de cuentas, fue a través del Lab-CAD de la Universidad de Puerto Rico que aprendí a usar la Internet y ahora mírenme, doy clases virtuales allende los mares.

Repito, la tecnología aplicada sin libertad ni accesibilidad produce resultados sin alma. El conocimiento sin ansias de hacerse

público se convierte en objeto de lujo para unos cuantos ilustrados. Debemos trabajar hacia una combinación de tecnología y humanidad, que las palabras encuentren su contexto en las ondas de las telecomunicaciones y que la tecnología amplíe su sentido en las palabras. A fin de cuentas, estas tecnologías son su desarrollo natural. ¿Qué son el lápiz y el papel sino una tecnología de comunicación? ¿Qué es la comunicación sino un compartir de percepciones individuales para hacerlas globales? En camisas de once varas cabe mucha gente, aunque al principio queden un tanto anchas.